



Gustavo Benítez captó uno de los extraordinarios naturales de Guillermo Capetillo en su triunfo de ayer.

Con «Gallero» de Cerro Viejo, Capetillo fue el mero, mero

Por **ENRIQUE GUARNER**

Lionel Landry escribía en 1927: «Se ha hecho un abuso tal de la noción de ritmo que sería positivo dejar de usarla en estética». Si este término se ha ido convirtiendo en un concepto vago e impreciso es porque se le ha cargado de significaciones de carácter heterogéneo. De cualquier manera el ritmo es un sinónimo de la velocidad plástica y representa a un esquema de duraciones que acompañan a cualquier obra de arte. Para que algo posea ritmo se requiere de una perioricidad entre sus partes y es así como en la naturaleza observamos la sucesión de los días con las noches y en la vida diaria las alternativas entre el trabajo y el reposo.

En el toreo el ritmo no resulta más que un esquema de sucesiones temporales y han habido algunos diestros con gran habilidad para construir sus series de pases. Ayer en la Plaza México tuvimos uno de esos casos cuando Guillermo Capetillo —ante un burl de regalo terciado de Cerro Viejo— acompañó sus muletazos guardando proporción entre sus movimientos realizando una magnífica faena. En realidad la base de su toreo fue la muñeca con la cual hacía que el astado girara una y otra vez a su alrededor en pases de gran estética.

y eso es lo que en última instancia cuenta. Tengo que agregar que su actuación con «Gallero» fue completa, puesto desde que se abrió de capa vimos espléndidas verónicas terminadas en medias, como debe ser; asimismo con la muleta magníficas series rítmicas y todo culminado con gran estocada.

Su primero fue el cárdeno «Grani-zo» con 527 kilos y no vimos gran cosa de capa pero sí un herradero notable durante el segundo tercio. Con la muleta Capetillo ejecutó cuatro estu-pendos naturales que parecían presagiar los del séptimo. La faena no cuajó y mató de un golletazo des-prendido. Nada pudo hacer con «Mo-tivos» con 529 por peso y desde que tomó la muleta anunció que regala-ría el sombrero.

Este fue «Gallero» de Cerro Viejo con 480 kilos y aquí vimos excelentes verónicas con todas las de la ley y jugando muy bien los brazos. Las mismas se repitieron en el quite extre-madamente templado. Con la muleta Capetillo comenzó por alto y en seguida surgieron enormes naturales bien rematados. El toreo en redondo con la derecha también fue magní-fico y rítmico. Los adornos, de buen gusto, y bien contruidos. Mató de entera y el juez Jesús Córdoba otorgó el rabo del animal, premio con el que nunca estaré de acuerdo, pero que en esta ocasión puede justificar-

Con lo anterior se convirtió en el «mero, mero» de la torería mexicana y tengo que añadir que la expresión se deriva del latín «merus», adjetivo que indica el que un objeto sea puro, simple y no tenga mezcla de otra cosa.

Juicio crítico

Ante una pobrísima entrada que no llega a la cuarta parte del cupo de la plaza hicieron el paseo de cuadrillas: Guillermo Capetillo en verde esmeralda, «Jesulín de Ubrique» de rosa pálido y Humberto Flores en blanco. Los tres ternos van bordados en oro y se inicia el festejo.

El ganado

Se lidió un encierro de Valparaíso cuyo propietario es don Valentín Rivero y que procedía del municipio de Sain Alto en Zacatecas. Los toros resultaron aparatosos pero feos y muchos de ellos de gran alzada, avacados y con morrillos que más bien parecían jorobas. No dudo por la cornamenta que presentaban que tenían la edad reglamentaria, pero me parece una exageración el que se les atribuyeran cinco años. En relación a su pinta hubo cinco negros listones y un cárdeno claro. En cuanto a su juego ninguno valió nada aunque tomaran un total de 10 puyazos recargando. Digamos que describirlos resulta un tormento, puesto que ninguno de ellos se prestó al menor lucimiento. Es más, tres se caían mostrando poco celo en la muleta de los alternantes.

En séptimo lugar salvó la corrida un astado chico de Cerro Viejo que por su buen estilo y nobleza mereció la vuelta al ruedo. Creo que los bureles tapatíos han sido los mejores de esta temporada en la que tanto han abundado los mansos.

Guillermo Capetillo

Hace tres años Guillermo realizó dos buenas faenas, una con un toro de San Martín y la otra con uno de Vistahermosa. Sin embargo, faltaba hilvanar lo suficiente los pases y alcanzar el triunfo rotundo. Ayer puede decirse que lo consiguió al torear, como dije arriba, a base de muñeca, en lugar de tirar del toro. Ciertamente que los muletazos no resultan tan largos, pero los enmarca la estética

se.
«Jesulín de Ubrique»

Se encontró con un público distinto al del domingo pasado y no hay duda de que los periodistas «patrioterros» a los que hay que recitarles lo que decía Samuel Johnson: «El último refugio de los bribones es el patriotismo». Pues bien, esta secta logró su propósito y como el diestro de Cádiz encontró poca colaboración de sus enemigos, pasó desapercibido.

Se enfrentó en primer lugar a «Aguacero» con 529 kilos y lo mejor de los dos primeros tercios fueron los pares de Antonio Cava. «Jesulín» se encontró con un animal que se quedaba a mitad de la embestida y no logró mucho matándolo de pinchazo y entera trasera. La situación no pudo mejorar con el quinto «Pescador» con 549 al que toreó en medio de una división de opiniones totalmente injustificada. Mató de pinchazo, media tendida y dos descabellos. Los patriotas disfrutaron silbando y gritando sin cesar.

Humberto Flores

He aquí a otro torerito que tampoco va a dar mucho de sí. La razón parte de su exceso de posturas y toreó de relumbrón. En mi opinión se trata de uno más de los pega-pases que no tiene temple ni profundidad. Sus quites de capa resultaron tan absurdos que muchas veces giraba sin que embistiera el toro.

Se enfrentó en primer lugar a «Mañanero» y vimos lances sin aguante y un quite a base de vueltas absurdas que hasta hubieran hecho llorar a Curro Rivera en sus primeros tiempos. La faena de muleta resultó mediocre y llena de martinets, para que no faltaran giros, en algunos de los cuales hasta me maree. Mató de pinchazo en el costillar y bajonazo escuchando aplausos de algunos despistados. La misma situación se repitió con «Palmito» de 518, donde vimos valentinas, lance que Valente Arellano realizaba muy bien y que fueron chuscas en el caso de Humberto. Nada valió la faena de muleta atropellada y encimista. Mató de pinchazo y media desprendida.

En resumen, nada satisfizo el encierro de Valparaíso, pero Capetillo estuvo más que certero con «Galle-ro».